

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO (A)
Homilía del P. Emili Solano, monje de Montserrat
12 de octubre de 2008
Is 25, 6-9; Fil 4, 12-14; Mt 22, 1-14

Queridos Hermanos y Hermanas:

Impresiona la profecía de Isaías que hemos escuchado en la primera lectura. Llegará un día en que Dios acabará con toda la penuria humana y, además, aniquilará la muerte definitivamente. Hay palabras misteriosas, como éstas: "arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos". Y preparará para todos un gran banquete. La descripción de este banquete recuerda, sin duda, el salmo 22, en el que el Señor "en verdes praderas me hace descansar... y repara mis fuerzas". Esta promesa de Dios es para todos los pueblos. Llegará, sin duda, ese día final de gran alegría y de conocimiento total de lo que nos falta por saber de la existencia futura.

En el Evangelio, Jesús nos propone la parábola del banquete de bodas. Se trata de un rey que quiere celebrar la boda de su hijo. Los invitados, sin embargo, no quieren ir. Como se hacía en Oriente se les invita por segunda vez cuando ya se ha establecido la hora de la fiesta. Los invitados, una vez más, no hacen caso de la invitación, excusándose con sus tareas cotidianas, quedándose fuera del banquete. Entonces, el rey invita a todos los que se encuentran en los caminos, sean buenos o malos, para que vayan a la boda. Son los pobres, tal vez delincuentes, que mal vivían en los cruces de caminos, pues no les dejaban entrar a las ciudades.

La interpretación más frecuente de esta parábola es la que identifica los primeros invitados con el pueblo de Israel y a los segundos con la iglesia, en la que hay de todo, no sólo los buenos. Por eso en la parábola que hoy nos cuenta San Mateo hay otro hecho duro, muy duro. Cuando el rey ve que uno de los invitados no tiene el vestido de fiesta le condena, aunque le duele hacerlo. Dios invita a todos, nos da la mano, pero queda para nosotros, para nuestra libertad, cogerse a la mano de Dios. En todo este proceso, vivido de diferentes maneras por cada uno porque Dios se adapta a nuestra historia, aunque hay una primacía absoluta del don de Dios, no queda excluida la realidad de nuestra libertad. Y esta elección la hacemos en la vida. Y la actualizamos cada día.

Puede sorprender la severidad del juicio contra aquella persona que no llevaba el vestido de fiesta. Sobre todo, cuando vemos la actitud del rey que envía a sus hombres para que inviten a todo aquel que encuentren, sin pedir ningún título por el que pudieran recibir esta invitación. La invitación es una gracia. Supone una relación que Dios establece gratuitamente con nosotros.

En consecuencia, ante tanta insistencia y esfuerzo para invitar-nos, sería demasiado descarado presentarse sin la indumentaria adecuada para la ocasión. En el fondo, eso pasa por desconocer la acción de Dios y, al mismo tiempo, no darnos cuenta de las maravillas que obra la gracia.

Dios sólo nos pide que queramos hacer fiesta con Él. Nos busca y llega allí donde estamos. Nos invita a la boda de su Hijo, Jesucristo, a que participemos con mucho gozo. ¿Cómo correspondemos? ¿Estamos bien preparados? A veces parece que llama a última hora y que hay poco tiempo de preparación. Pero quien tiene el deseo de agradar, de vestir bien para la fiesta, lo consigue. ¿Qué me pondré? Me quitaré el hombre viejo para vestir al hombre nuevo que es justamente quien ha sido invitado a estar con el Señor en el día eterno de la fiesta celestial.

"El Reino de los Cielos se parece a un rey que celebraba la boda de su hijo". De esta manera nos quiere Dios, y su gracia nos hace solícitos y constantes en la práctica del bien, poniendo los medios adecuados para ir a ese banquete de la mejor de las maneras. Nuestra oración personal, acudir al sacramento de la reconciliación, participar en la Eucaristía con la pasión de un verdadero enamorado, buscar hacer el bien a los que me rodean ... Todo eso es ir "vestido de fiesta", un vestido que nos conviene para disfrutar de todo el bien que Dios nos tiene preparado.

Hoy podemos acudir especialmente a la Virgen María, ella dispuso su alma por ser la llena de gracia, y de su mano iremos a este banquete donde encontraremos el rostro de nuestro Padre Dios y le diremos confiados: "Hágase en mí según tu Palabra". El corazón de María rebosaba conocimiento y amor hacia su Hijo. Que Ella nos ayude a corresponder mejor a su voluntad y nos acompañe en el camino de la vida a fin de ir vestidos de fiesta.